

María de Lourdes Morales Vargas
Coordinadora

Desbordes creativos
autogestivos
Experiencias culturales

María de Lourdes Morales Vargas
Coordinadora



Desbordes creativos autogestivos

Experiencias culturales



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
Y ARTES DE CHIAPAS



cesmecca

Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Desbordes creativos autogestivos. Experiencias culturales/ María de Lourdes Morales Vargas (Coord.)
–1a. Ed.– San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas, 2025
259 páginas; 14 x 21 centímetros
Versión digital

I. Morales Vargas, María de Lourdes, autora. II. Morales Vargas, Karla Elisa, autora. III. Pinto Durán, Astrid Maribel, autora. IV. Rincón Ramírez, Camilo, autor. V. González Roblero, Vladimir, autor. VI. Robles Ruiz, Ana Alejandra, autora. VII. Escovar Barreto, Andrés Felipe, autor. VIII. Jiménez Aguilar, Ana Karen, autora. IX. Aguilar Mendizábal, Mónica Rosalba, autora. X. Rosas Fonseca, Denisse, autora.

Primera edición: Diciembre de 2025.

ISBN: 978-607-543-281-6

D.R. ©2025, Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas
1. Av. Sur Poniente número 1460
C.P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México
www.unicach.edu.mx

D.R. ©2025, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 29243, México
Tel. y fax: (967) 6786921, ext. 106
editorial.cesmeca@unicach.mx

Impreso en México/Todos los derechos reservados.

Esta es una publicación dictaminada por pares académicos

Crédito de imagen de portada:

"De mí crecerán las flores"

Autor: Deidy Vicente

Técnica: Grabado en aguafuerte y aguatinata

Medidas: 19 × 28 cm

Año: 2025

Diseño de portada, interiores y maquetación: María de Lourdes Morales Vargas



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Apuestas creativas y autonomía cultural en Chiapas

María de Lourdes Morales Vargas

Karla Elisa Morales Vargas

19

CAPÍTULO 1. TERRITORIOS EN RESISTENCIA:

LA AUTOGESTIÓN COMO PRÁCTICA DE ESPACIO Y COMUNIDAD

33

Gestores de corazón. Alteridad, memoria y afecto en la
recuperación de la Estación de Ferrocarriles de Tapachula

Astrid Maribel Pinto Durán

35

Políticas culturales de a pie: ritualidades y socialidades
del circuito cultural alternativo de cine de San Cristóbal
de Las Casas, Chiapas

Camilo Rincón Ramírez

69

CAPÍTULO 2. GENEALOGÍAS EDITORIALES Y AUTOGESTIÓN
CULTURAL EN CHIAPAS: TRAYECTORIAS, PERIFERIAS Y
PRÁCTICAS LECTORAS

95

Ciclo de revistas culturales en Chiapas, una genealogía
(1948-1988)

Vladimir González Roblero

97

Programa Editorial Soconusco Emergente: de la industria cultural en la periferia chiapaneca y el lector como eslabón final de la cadena editorial

Ana Alejandra Robles Ruiz

Andrés Felipe Escovar Barreto

119

CAPÍTULO 3. REDES AFECTIVAS Y DIGITALES DE LA GESTIÓN CONTEMPORÁNEA

141

Navegando en la gestión cultural: experiencias juveniles y usos diferenciales de plataformas sociodigitales en Chiapas

Ana Karen Jiménez Aguilar

143

Habitar el arte desde los márgenes: autogestión, afectos y crítica en dos espacios independientes en Chiapas

María de Lourdes Morales Vargas

165

CAPÍTULO 4. ESPIRITUALIDADES Y SANACIÓN: AUTOGESTIÓN DESDE EL CUERPO, EL RITUAL Y EL TERRITORIO

201

Jovel, ciudad de sanación: una experiencia holística de autogestión

Mónica Rosalba Aguilar Mendizábal

203

La ciudad como altar. Prácticas espirituales en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Denisse Rosas Fonseca

229

EPÍLOGO

Hacer mundos: notas para una política del cuidado cultural

Karla Elisa Morales Vargas

259



CICLO DE REVISTAS CULTURALES EN CHIAPAS, UNA GENEALOGÍA (1948-1988)

Vladimir González Roblero³⁰
Facultad de Artes-UNICACH

Introducción

He decidido llamar “ciclo de revistas culturales” al conjunto de publicaciones periódicas que se sucedieron entre los años 1948 y 1988 en Chiapas. Se trata de las revistas *Amanecer* (1948), *Chiapas* (1949-52), *Ateneo* (1951-57) e *ICACH* (1959-88). Considero que hay un ciclo porque significaron el espacio para la conformación de una élite cultural exactamente entre los años mencionados. Un mismo grupo de periodistas, escritores y promotores culturales se reunieron alrededor de cada una de ellas, cobijados por una política cultural carismática, al menos en sus inicios.

El análisis de este ciclo está orientado por la noción de genealogía de Michel Foucault. La genealogía establece un hecho histórico y recorre el tiempo para comprender sus comienzos. El hecho histórico que establezco alude a la consolidación y declive de las

³⁰ Historiador, comunicólogo, doctor en Ciencias Sociales y Humanísticas. Se desempeña como profesor investigador en la Facultad de Artes de la UNICACH, donde coordina el Cuerpo Académico “Estudios sobre Arte y Cultura”. Es autor de libros, artículos, ensayos académicos, obra narrativa y periodística sobre historia, arte y cultura. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNII-2).

élites culturales y la relación que guardan con las revistas culturales. Para tal fin acudo a la idea de procedencia y emergencia que propone la genealogía.

En lo que respecta a procedencia, identifico el devenir de fuerzas históricas, como la práctica del periodismo cultural y la política cultural carismática. Por emergencia, identifico como rupturas o discontinuidades la aparición de las revistas y su relación con las élites, así como los vaivenes ocurridos al interior del ciclo, lo que dio paso a publicaciones albergadas en las instituciones gubernamentales y educativas de Chiapas.

Lo anterior permite observar un periodo de revistas culturales, de contenido artístico y científico, que sirvió de espacio para la conformación de la élite cultural hasta finales de la década de los ochenta, cuando se vuelven a transformar las instituciones culturales y educativas, dando lugar a otro tipo de publicaciones revisteriles.

Nota metodológica

Quiero iniciar con una nota metodológica. Este trabajo está pensado desde la noción de genealogía de Michel Foucault. Trataré de elaborar un esbozo de dicha noción y ensayar con ella una mirada a las revistas culturales en Chiapas de 1948 a 1988.

En su *Microfísica del poder*, Michel Foucault (1979) publica *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Se trata de una propuesta metodológica para la investigación histórica. Esta propuesta es una crítica al método lineal, aquel que narra la sucesión de acontecimientos sin mirar sus discontinuidades, sus accidentes. Por lo tanto, este método es atento al azar, a las sorpresas, a las rupturas que permiten la comprensión de los acontecimientos históricos.

En primer lugar, Foucault -de la mano de Nietzsche- niega la noción de *origen*. Ya lo había hecho Bloch (2000) cuando señalaba la fijación del historiador por el comienzo de los hechos históricos: la obsesión de los orígenes, el demonio. La crítica de Bloch apuntaba al *ethos* cristiano, esa arenga por la creación. Hace tal analogía para señalar el riesgo, la confusión entre la filiación y la explicación.

Al historiador le corresponde, según su oficio, explicar el momento del origen proyectado hacia el presente.

Pero en Foucault (1979: 9) se niega la noción de origen debido a que ésta supone encontrar lo que ya está dado, aquello que, ilusoriamente, permanece estático en el presente. El origen constituye una verdad preexistente y permanente. Por eso desplaza la mirada, la forma de historiar hacia los accidentes, el azar, las rupturas, las sorpresas. Es decir, todo aquello que desvanece el principio.

En vez de entramparse con la idea de origen, Foucault propone las nociones de procedencia y emergencia. Con ellas pretende percibir los accidentes y las fuerzas que originan a los hechos históricos. Implica mirar al pasado desde un presente. Esta mirada al pasado entiende que un hecho histórico no tiene un origen imperterritorio, sino todo lo contrario: azaroso, posible. El hecho histórico es resultado de sus discontinuidades.

Respecto a la noción de *procedencia*, Foucault (1979: 12-13) la explica como fuente: “permite encontrar... bajo el aspecto único de un carácter, o de un concepto, la proliferación de sucesos a través de los cuales (gracias a los que, contra los que) se han formado” los hechos históricos. Identifica marcas, sucesos y accidentes que constituyen su raíz. Es “el conjunto de historias de cada una de esas fuerzas que conforman la matriz emergente del acontecimiento” (Márquez, 2014: 235).

Respecto a la noción de *emergencia*, Foucault (1979: 15) la explica como el punto de surgimiento. “La emergencia se produce siempre en un determinado estado de fuerzas. El análisis (...) debe mostrar el juego, la manera como luchan unas contra otras, o el combate que realizan contra las circunstancias adversas...” Se trata de mirar las fuerzas en conflicto, pues éstas posibilitan lo que emerge. Son las discontinuidades originadas por las fuerzas históricas; la emergencia implica un lugar de enfrentamiento.

Ahora bien, la genealogía como método identifica el acontecimiento en su presente y busca saber su comienzo, empleando para tal fin las nociones de procedencia y emergencia. En este sentido, desde la perspectiva de la genealogía quiero comprender el siguiente

hecho histórico: La élite cultural en Chiapas se afianzó en la segunda mitad del siglo XX a través de prácticas de promoción de la cultura, específicamente de proyectos editoriales como la fundación de revistas culturales, a las que he agrupado en un ciclo.

Sobre la noción de élite

Ahora bien, uno de los aspectos que quiero plantear desde la genealogía es que a través de las revistas se formó una élite cultural, o intelectual, mejor dicho, en el contexto chiapaneco de la segunda mitad de siglo XX. Para ello, considero necesario comprender la noción de élite. Al respecto, desde la sociología política clásica, Vilfredo Pareto (citado por Blacha, 2005) considera que, para hablar de las élites, es necesario comprender que la sociedad es heterogénea, y que una manifestación de lo anterior sucede en el ejercicio del poder. De este modo, Pareto observa que en toda sociedad existe una clase dominante, una minoría que detenta el poder; y una clase dominada, una mayoría gobernada. La minoría gobernante es lo que denominará como élite.

Al respecto, Prebish (1923, p. 368) dice:

En una primera aproximación, Pareto sólo considera dos grandes grupos sociales, en la imposibilidad de tener en cuenta los múltiples que existen. En uno de ellos abarca a los individuos que tienen en un grado notable cualidades de inteligencia, de carácter, de destreza, de capacidad de todo género, no importa cuál fuere su utilidad o su naturaleza ética. A esta clase de gente superior se le llama elite. Se puede dividir esta última en elite gobernante, compuesta de los individuos que directa o indirectamente juegan un papel notable en el gobierno. El resto será la elite no gobernante.

Además de lo anterior, Pareto (citado por Blacha, 2005) plantea la noción de circulación de las élites. Con ella, señala que estas no son estáticas y que, al contrario, se renuevan constantemente en

reemplazo de las anteriores. La sustitución de una minoría por otra se debe a que las élites pierden vigor con cierta rapidez, por lo que necesitan robustecerse con una nueva minoría que renueve su permanencia.

Es cierto que Pareto llama élite a esa minoría, sin embargo, Mosca (1984) prefiere llamarle clase política porque se caracteriza por el ejercicio del poder basado en una ideología. El ejercicio del poder y la permanencia de las élites sucede a través de redes de poder, tal como lo plantea Domhoff (1978) y de alguna manera también Mills (1987). Ambos sociólogos plantean que las élites se encuentran interrelacionadas, lo que les permite gobernar. Por ejemplo, Domhoff señala que la clase gobernante mantiene controladas distintas esferas de gobierno, como empresas, jefes militares y políticos, estableciendo así una red de poder; mientras que Mills (p. 121) señala las interconexiones de las minorías directivas, que crean “una complicada red de direcciones que se entrecruzan”.

Para efectos de este trabajo, el poder no siempre es político, sino un ejercicio de dominación o capacidad de actuación sobre otros, tal como lo plantea aparte Foucault (citado por Castro, 2011). Esto no quiere decir que las élites culturales no ejerzan un poder. Lo hacen, pero en el orden de lo simbólico. Ahí es donde construyen su legitimidad, lo que les permite mantenerse. Finalmente, se trata de una minoría que ejerce un poder sobre una mayoría en un contexto específico.

Una de las especificidades del contexto es el campo cultural, concretamente el intelectual. Pierre Bourdieu (2002), al respecto, plantea que los intelectuales son la fracción dominada de la clase dominante, y que son ellos quienes se encargan de producir y reproducir los bienes simbólicos de las élites. Lo hacen a través de su capital cultural, constituido básicamente por su educación y conocimientos; y social, es decir, su red de contactos. Además, sostiene, las élites tienen un *habitus* o disposición y prácticas que le permiten distinguirse y mantener su estatus. Con ello, garantizan su posición de privilegio.

El campo, dice Bourdieu, está integrado por varios agentes culturales, entre ellos artistas, editores, periodistas. Todos creadores

de ideas y productores de conocimiento, como sostiene Traverso (2014). El planteamiento del campo, desde la perspectiva de Bourdieu, es consonante con la teoría de las élites descrita anteriormente. Sus propiedades, señala, son la concentración y su institución. La primera se refiere a una práctica: la reunión en algunos lugares, como cafés, lo que proyecta una integración o redes. La segunda se refiere a los espacios de producción simbólica e institucionalización de conocimiento. Son espacios de legitimación, que les sirve de reconocimiento social.

Ambas propiedades resultan sugerentes para mi posterior análisis de las revistas culturales como un ciclo. El lugar de concentración de las élites intelectuales han sido las revistas y sus sitios de producción, los espacios universitarios. La conjunción de los dos espacios propició su emergencia y la de un grupo de intelectuales que se sostuvo prácticamente a lo largo de cuarenta años, hasta su renovación en la década de los ochenta.

Élites, periodismo y cultura

Un antecedente de la relación entre élites culturales y periodismo puede situarse en el siglo XIX. Después de las independencias de las colonias españolas, y de periodos de inestabilidad política ante la indefinición de modelos de nación, los nuevos estados se dieron a la tarea de construir una identidad colectiva. Tarea lábil y difícil por la porosidad de las fronteras políticas y por las implicaciones culturales de las naciones en formación. Ya Edmundo O’Gorman (2002) ha señalado la encrucijada en la que se halló México en busca de su identidad: fundarse a semejanza de las democracias liberales, negando su pasado colonial; o hacerlo recuperando su pasado colonial y asumirse como proyecto conservador a semejanza de las monarquías.

Obviamente, la encrucijada fue para las élites, quienes usaron a la prensa para debatir las ideas políticas, pero también como vehículo de expresión de la identidad en disputa. Las publicaciones dieron paso, además del comentario político, a la publicación de obra literaria y

poética, como una expresión coherente con la búsqueda de identidad (Illades, 2004). De este modo, las élites intelectuales jugaron su papel en la construcción de la nación, aportando su producción simbólica y estética, ya sea como expresión consonante con la identidad, o bien elaborando discursos estético-políticos a favor de los proyectos de nación que se gestaban.

Así lo explica Ricardo Pérez Monfort (2015, pp. 14-15):

Desde los años 30 del siglo XIX los temas concernientes a las libertades individuales, al pasado inmediato y a los no tan lejanos años coloniales, pero sobre todo las inquietudes generadas por la necesidad de identificar lo propio frente a lo extranjero, empezaron a poblar escritos, imágenes y representaciones culturales. Combinando la reanudación entrecortada del liberalismo con el romanticismo imperante en las otras comarcas intercontinentales, la cultura letrada fue quedando en manos de varias generaciones de polígrafos que tanto argumentaban con la historia como con la moral y con aquello que empezó a identificarse como el “buen gusto”.

La construcción de la identidad mexicana también fue la de una nación imaginada. Además de la cultura letrada, los políticos del país recurrieron a las imágenes plásticas, a símbolos que orientaron las prácticas artísticas visuales. Enrique Florescano (2012) señala que inmediatamente después de las independencias apareció una iconografía que enalteció a héroes y símbolos nacionales. Esto como una estrategia urgente ante la persistencia de la plástica barroca y de temática religiosa. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la política cultural buscó legitimar el movimiento independentista. Como narra Florescano, la academia de San Carlos, donde se formaban los artistas plásticos, lanzó convocatorias que aludieran al hecho histórico. El resultado fue que, además de pintarse retratos sobre héroes independentistas, se recuperaron pasajes históricos del México prehispánico, Conquista, virreinato e Independencia.

Como se observa, las élites culturales participaron en la construcción de la identidad mexicana, favoreciendo discursos hegemónicos, y afianzándose ellos mismos como parte de la minoría gobernante. Este momento histórico mostró la ruta para el surgimiento de un periodismo que actualmente llamamos cultural, además de las corrientes plásticas que definieron al México posrevolucionario. Aunque no podemos hablar de revistas culturales, pues los formatos de la prensa eran similares, se comienzan a destacar por su singularidad temática los periódicos literarios, diferentes a los periódicos informativos. Con el paso del tiempo, las publicaciones literarias tuvieron una periodicidad más espaciada y comenzaron a llamarse revistas (Tarcus, 2021).

La participación de las élites culturales coincide con otro hecho histórico. Se trata de la autonomía del campo artístico, en concreto del literario. Es sabido que para el siglo XIX uno de los géneros más cultivados era la novela histórica (Pérez, 2015). Para entonces, se confundía el oficio del historiador con el novelista, hasta que la historia comenzó a reclamar su lugar como disciplina científica. Cuando esto sucedió, la novelística se desprendió de sus pretensiones de verdad empírica, y contribuyó a la consolidación del campo artístico como autónomo.

Entonces, según Tarcus (2021, p. 197), “el escritor, el ensayista, el científico, el intelectual se van diferenciando del político polivalente del siglo XIX”, y las revistas culturales resultan ser los espacios para su desarrollo. Como ya lo he hecho notar, las revistas son el lugar de encuentro de las élites. Permiten, también, su participación en la esfera pública, condición necesaria para pensarse como intelectuales.

Este breve bosquejo histórico sobre el origen de las revistas culturales ha tratado de observar su función respecto a la formación de las élites, su importancia en la vida pública. De hecho, la figura del intelectual está íntimamente relacionada con su participación en el debate público, como lo fue en sus inicios decimonónicos, y como lo es ahora. Al respecto, Sarlo (1992) señala la aparición de revistas culturales como una práctica que define al intelectual, y que a través

de ellas busca tener un lugar en el presente, abordando temas de efecto inmediato. No sucede lo mismo con la publicación de libros, cuyos alcances temporales suelen ser mayores.

Procedencia. Periodismo de variedades y política cultural carismática

Trataré de identificar las fuerzas que han dado pauta a la emergencia y declive de las élites y las revistas culturales. Creo que para ello es conveniente recorrer el tiempo hasta el siglo XIX chiapaneco, a los orígenes del periodismo local. No creo conveniente, por su irrelevancia, situar la adquisición de las primeras imprentas ni el surgimiento de los primeros periódicos. Quisiera más bien señalar los comienzos del periodismo cultural. Me parece adecuado lo anterior para comprender también los principios de las revistas culturales, cuyo auge creo identificar en la segunda mitad del siglo XX.

Es arriesgado usar la categoría de periodismo cultural en los comienzos de la prensa chiapaneca. Lo es porque para el siglo XIX es un anacronismo y porque aún hoy día sigue siendo problemática la noción, sobre todo por las ideas de cultura que a lo largo del tiempo se han desarrollado, lo que complica establecer sus fronteras.

Para el siglo XIX lo que existía en la prensa chiapaneca era la publicación de poesía. Los periódicos de entonces daban voz a poetas locales y de otros lugares. Tal es el caso, por ejemplo, de la obra poética de José Manuel Puig y Domínguez, que se publicó principalmente en el periódico *El espíritu del siglo* (Morales, 2019). También es importante mencionar la voz de las mujeres poetas, quienes muchas veces tuvieron que firmar con seudónimos debido a que la prensa implicaba la actuación en el espacio público, entonces vedado a las mujeres (Domínguez, 2007).

En todo caso, se trataba de un periodismo literario, ínsula poética frente al periodismo opinativo, cuyo comentario político se impuso ante la necesidad de construir al Estado chiapaneco. Es antecedente, claro, de lo que ahora conocemos como periodismo cultural.

En consecuencia, en vez de periodismo cultural, podemos hablar de periodismo de variedades. Este se caracterizaba por incluir, además del comentario político, otra información que daba cuenta de la cotidianidad. Junto a la obra poética, se comenzó a informar de actividades culturales, deportivas y, en general, del entretenimiento. Así, desde finales del siglo XIX y principios del XX se pueden identificar periódicos que al menos en su denominación mencionan la palabra “variedades”. Entre ellos *La Esperanza*, *El Imparcial*, *El Eco Liberal*, *El Ensayo*, *El Observador*. Por ejemplo, en el año de 1901 vio la luz en Comitán *El Clavel Rojo*, periódico que se definía a sí mismo como “periódico quincenal de variedades”. En cuatro páginas, la información sobre la cotidianidad de Comitán, ciudad fronteriza con Centroamérica, se impuso al análisis político. Es importante mencionar que muchos de estos periódicos se editaron en Comitán. Siguiéron otros como *La Paz*, *El Altruista*, *El Baluarte*, *La Revista del Soconusco*, *El Renacimiento*, *Minerva*, *Chiapas Moderno*, *Eco del Pueblo*, por mencionar algunos.

Los periódicos a lo largo de la primera mitad del siglo XX daban cuenta de las actividades culturales, artísticas, deportivas; publicaban textos literarios, narrativos y poéticos, además de la columna y el comentario político. Con el paso del tiempo, el periódico de variedades dio lugar al periodismo cultural. No es de extrañar que haya sido en los espacios educativos donde surgieron. Uno de los primeros periódicos culturales fue *El Estudiante*. Se publicó en 1942 en la Escuela Preparatoria y Normal. Ahí escribieron, entonces jóvenes, poetas como Jaime Sabines, Juan Bañuelos y Óscar Oliva.

Ahora es necesario situar a la política cultural como otra fuerza que ha formado el hecho histórico. La década de los cuarenta puede ser el momento de autonomía del campo cultural en la prensa. También lo es para la política cultural. En el año de 1948 llegó al poder el general Francisco José Grajales. Su periodo de gobierno, que para entonces era de cuatro años, se caracterizó, en lo tocante al campo de la cultura, por llevar a cabo una política cultural carismática.

Al respecto, Giménez (2007) sostiene que la política cultural carismática implica un mecenazgo, en este caso del gobernante o del Estado.

Se caracteriza porque su orientación es hacia los creadores o artistas reconocidos, y la forma de intervención de los poderes públicos en el ámbito del arte y de la cultura se enfoca exclusivamente en los intelectuales. De esta forma, se configura el carisma, condición de la que Weber (citado en Deusdad, 2003) considera condición necesaria para la construcción de los liderazgos políticos.

Weber (Deusdad, 2003, pp.21-22) abunda:

El carisma político hace referencia a lugares, objetos e individuos a los cuales se reviste de una obra extensa, casi divina, cuyas características y acciones son interpretadas como excepcionales incluso extraordinarias por el colectivo que las secunda y que las reconoce como propias. Esta dimensión la consiguen los elementos carismáticos por su vínculo con la tradición, pero a la vez por ser genuinos y modernos. Por otra parte, el carisma actúa como un catalizador cultural. Es una síntesis de valores y señas de identidad de una cultura y del pensamiento de una colectividad. Los medios de comunicación ayudan a configurar una hora carismática y a difundir el mensaje y la imagen del líder carismático.

Es importante, entonces, comprender el papel que juegan los medios de comunicación en la construcción de un líder carismático, y las propuestas de intervención, o políticas, que se llevan a cabo para tal propósito. De este modo, la estrategia de Grajales respecto a los intelectuales consistió en el consenso para con ellos. Les abrió las puertas del Estado y también del erario. Algunos de ellos eran funcionarios de gobierno y llevaban a cabo una importante labor editorial. Otros refundaron el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, un grupo dedicado a la promoción de la cultura. A principios de la década ya habían fundado el primer *Ateneo*, sin mucho éxito. Pero con la llegada de Grajales al poder, el grupo de intelectuales revivió aquel viejo proyecto. El gobernador ofreció su apoyo y puso a su disposición la imprenta del estado, de la que salieron las revistas

Ateneo y *Chiapas*, en cuyas nóminas estaban los ateneístas. También se publicaron varios libros.

Al término del gobierno de Grajales, en 1952, el *Ateneo* y las revistas apenas pudieron sobrevivir. La revista *Chiapas* concluyó al mismo tiempo que la administración grajalista; la revista *Ateneo* no tuvo el impulso que se esperaba durante el gobierno de Efraín Aranda Osorio, el sucesor, y tiró su último número en 1957, a poco tiempo de que concluyera el periodo de gobierno de Aranda que ahora era de seis años.

El afianzamiento de las élites y el surgimiento de las revistas culturales tienen su procedencia al menos en estos dos procesos históricos. En el primero de ellos se desarrollaron las fuerzas fundacionales del periodismo cultural; el segundo —la política cultural— propició un primer impulso a la formación del grupo de intelectuales que dominó en la segunda mitad del siglo XX. La convergencia, como trataré de explicar a continuación, dio lugar a un ciclo de revistas culturales y al desarrollo de la promoción de la cultura a través de prácticas editoriales.

Emergencia. Las (dis)continuidades del ciclo de revistas culturales

En la genealogía la *emergencia* tiene lugar cuando convergen los procesos históricos. Foucault la considera un lugar de conflicto. Me parece más oportuna la noción de discontinuidad. Con esto me quiero referir a que la emergencia de las revistas culturales se dio en un momento de coyuntura: la larga formación del periodismo cultural como una práctica de las élites locales, en convergencia con el diseño de una política cultural carismática, impulsada por el gobierno de Francisco José Grajales como una estrategia de legitimación.

El devenir de las revistas culturales como lugar de encuentro de las élites y como práctica editorial de promoción de la cultura ha sido irregular. Es cierto, y a la vez paradójico, que las revistas permitieron la continuidad de las élites, pero su camino no siempre fue

terso, y sus comienzos resultan de los encuentros de las distintas fuerzas históricas de procedencia, como he dicho.

Según señalan brevemente Martínez (2004) y Nandayapa (2015), en el año de 1919 se publicó una revista cultural llamada *Ariel* y en 1932 otra llamada *Chiapas Gráfico*. Me parece adecuado, sin embargo, señalar al año 1948 como el principio del ciclo de revistas culturales. Meses antes de la elección de Grajales como gobernador, una estudiante de preparatoria, Mercedes Camacho, fundó la revista *Amanecer*. Detrás de ella había intelectuales, un grupo ya, que también impulsaron a principios de la década publicaciones periódicas de tipo cultural, como *El Estudiante*. Entre ellos Eliseo Mellanes, Eduardo J. Albores y Jesús Agripino Gutiérrez. Para entonces el periodismo cultural había ganado terreno, pues lejos había quedado el periódico de variedades. Fue en los espacios educativos, sobre todo, el lugar donde comenzaron a aparecer las publicaciones culturales. Por ejemplo, en la Escuela Preparatoria, que después formaría parte del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, y en la escuela primaria Camilo Pintado se editaron sendos periódicos de carácter cultural.

Como ya he mencionado, con la llegada de Grajales a la gubernatura se echó a andar una política cultural carismática. Esta política favoreció a la élite cultural, entre quienes se encontraban varios de los integrantes de la revista *Amanecer*. Sin embargo, la revista solamente se publicó nueve veces en el año de 1948. Grajales asumió el poder a finales de ese mismo año. Al siguiente la revista dejó de publicarse. Se vio bruscamente interrumpida. La revista no tenía subvención estatal, se publicaba de manera independiente. Al menos no hay indicios de lo contrario. Estar al margen de los vaivenes políticos no le favoreció.

Su lugar pronto fue ocupado por otras dos revistas: *Chiapas* (1949) y *Ateneo* (1951). La mayoría de los intelectuales y artistas que habían participado en *Amanecer*, y que años atrás lo habían hecho en *El Estudiante*, fundaron y escribieron en ellas. La política cultural de Grajales es el marco que puede explicar lo anterior. Su apoyo fue decisivo para impulsar la escena artística y cultural. El gobernador designó a Jesús

Agripino Gutiérrez como director del Departamento de Prensa y Turismo, lugar desde el que se publicó la revista *Chiapas*. Como director de la publicación nombró al poeta Armando Duvalier y como jefe de redacción al periodista Eliseo Mellanes.

La revista *Chiapas* se caracterizó por la promoción turística del estado. Para ello se fijó en el patrimonio cultural y natural, a los que promovió como artículos de consumo para el visitante. Al mismo tiempo, informaba de la vida cultural de Tuxtla y San Cristóbal, principalmente. Coincidió con la actividad de la escuela de artes plásticas, apenas fundada, y con el reciente descubrimiento de las ruinas de Bonampak, episodio que registró la muerte del grabador Franco Lázaro Gómez.

La conclusión del cuatrienio de Grajales significó el fin de la revista *Chiapas*. Sin embargo, un año antes de que esto sucediera, en 1951, se fundó la revista *Ateneo*. Fue el órgano de difusión del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, que desde mediados de 1948 se había refundado y al finalizar ese año, el nuevo gobernador le reconoció su trabajo y le adjudicó un inmueble para que continuara con su labor (González, 2013).

La revista *Ateneo* fue otro espacio para la promoción de la cultura, distinto al que significó la revista *Chiapas*. En *Ateneo* se privilegió la obra creativa por encima de la periodística. Fue una revista científica y literaria. La obra artística de Rosario Castellanos o Jaime Sabines tuvo espacio aquí, además de otros narradores y poetas. Lo mismo puede decirse de los científicos, como el historiador Fernando Castañón Gamboa o el biólogo Miguel Álvarez del Toro. Además, el grupo de intelectuales integrado por Jesús Agripino Gutiérrez, Eduardo J. Albores, Eliseo Mellanes y Armando Duvalier se mantuvo en la revista.

Pero la suerte de *Ateneo* caminó de la mano de la política cultural de Grajales. Aunque su vida no concluyó exactamente al término del periodo gubernamental, sí estableció su destino. Su periodicidad comenzó a verse interrumpida durante el sexenio de su sucesor, Efraín Aranda Osorio. Es más, ni siquiera duró sus seis años. En 1957 apareció el último número.

Durante el periodo grajalista el Estado asumió la promoción de la cultura. Como vimos, lo hizo a través del Departamento de Prensa y Turismo, donde se publicó *Chiapas*. Y también lo hizo como mecenas de los ateneístas, quienes vieron en su revista el espacio adecuado para promover su propia obra científica y artística.

La sombra de la política carismática se desvanecía. Parecía que la suerte de los intelectuales se había acabado. Algunos de ellos, sin embargo, eran docentes del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Fue esta institución educativa, nacida en 1945, la que les dio cobijo para promover la cultura. Fundaron en el año 1959 la revista *ICACH*, órgano de divulgación cultural del Instituto.

La revista se debe a Eduardo J. Albores como fundador; colaboraron en ella Gutiérrez, Duvalier y Mellanes. Este mismo grupo, más otros ateneístas, trataron de seguir el camino de la revista *Ateneo*. La revista *ICACH* también fue científica y cultural. Además, involucró a la comunidad icachense, lo que permitió la emergencia de nuevas voces, algunas de ellas convertidas, después, en herederas de las prácticas editoriales y de promoción de la cultura.

El grupo de intelectuales, salvo Gutiérrez, muerto en 1977, se mantuvo en la nómina de la revista hasta su final en el año de 1988. Fueron 30 años y tres épocas. La más longeva hasta entonces. Finalmente, en el año 1995 y hasta 2000 se publicó la revista *Investigación. Ciencia y Arte en Chiapas. Revista ICACH* nueva época, sin la misma trascendencia de la anterior.

Ciclo de revistas, intelectuales reciclados

Como podemos observar, a lo largo de estos cuarenta años la vida de las revistas culturales no siempre fue longeva, y una sustituyó a la otra según las decisiones gubernamentales. Sin embargo, hubo continuidad por sus lugares de producción estatales y por sus pretensiones. *Amanecer* surge al margen de las instituciones gubernamentales y educativas; su contenido fue cultural y periodístico. Del espacio independiente, sus hacedores migran hacia el gubernamental.

La revista *Chiapas* fue el órgano de difusión del Departamento de Prensa y Turismo del gobierno de Francisco Grajales. Su contenido también fue cultural y periodístico.

Después surgen revistas culturales, científicas y literarias. Fue el caso de *Ateneo*, publicada bajo el mecenazgo gubernamental, pero fuera de alguna institución estatal. Esta misma pretensión tuvo la revista *ICACH*, publicada en el sector educativo.

Considero que este conjunto de revistas constituye un ciclo, es decir, se sucedieron inmediatamente, desde 1948 a 1988, y pretendieron promover la cultura, el arte y la ciencia. Las rupturas significan pequeños ciclos, en los que podemos colocar, en uno de ellos, a las revistas *Amanecer* y *Chiapas*, y en el otro, a las revistas *Ateneo* e *ICACH*.

De acuerdo con lo señalado respecto a las características del campo intelectual y de las élites, las revistas implican un modelo de renovación y circulación de las élites, aunque paradójicamente, como hemos visto, prácticamente el mismo grupo de intelectuales participó en ellas. Sin embargo, a su alrededor se fue formando a los nuevos intelectuales que tarde o temprano sustituyeron al grupo que comenzó al editar la revista *Amanecer*. Los vuelvo a señalar: Eduardo J. Albores, Eliseo Mellanes, Jesús Agripino Gutiérrez y Armando Duvalier. Los cuatro comenzaron el ciclo en *Amanecer* y continuaron en cada una de las demás, a veces dirigiéndolas, otras escribiendo para ellas. Algunos de los demás intelectuales dejaron de participar, pues encontraron otros lugares; también emergieron otros, quienes llegaron al final del ciclo y comenzaron nuevos derroteros.

Estas continuidades son observables por los nombres que reiteradamente aparecieron como directores o colaboradores de las revistas. Sin embargo, como un continuo de aliento largo, es posible afirmar que las élites culturales en relación con la cultura impresa vienen de mucho tiempo atrás, al menos desde el siglo XIX. La prensa decimonónica chiapaneca atestigua la irrupción de una intelectualidad que escribió sus opiniones políticas y que, al mismo tiempo, permitió el primer gesto de la narrativa de ficción y de poesía.

El caso paradigmático, probablemente, sea el de Flavio Paniagua. Perteneciente a la élite sancristobalense, Paniagua tuvo una íntima relación con la cultura impresa. Fue redactor de periódicos, como *La Brújula*, desde donde arengó a favor de proyectos políticos y de un *establishment* social. También lo hizo como novelista. Se le reconoce como el primer escritor de ficción y como precursor de la novela de folletín.

Así como Paniagua, habrá otros escritores e intelectuales cuya actividad estuvo relacionada con la prensa, en un periodo al que, como sugiere Debray (2007), llamaríamos grafosfera, que se caracteriza por el dominio de la palabra escrita, interrumpido hasta el siglo XX con la popularización, primero, de la radio, y después, de la televisión. De hecho, el declive de las revistas culturales chiapanecas a finales de la década de 1980, también se puede entender por la primacía de la imagen sobre la palabra.

Lo que se observa, pues, es que las revistas culturales significaron el espacio para el comienzo, consolidación y declive de una élite cultural, de un grupo de intelectuales que dominaron el escenario cultural, artístico, literario y científico. Es ciclo en tanto inicio y fin de revistas y de un grupo de intelectuales ligados a ellas.

Asimismo, su permanencia está relacionada con formas de legitimación. Las revistas siempre fueron cercanas al poder y a sus formas de institucionalización. Esto fue posible, al principio, por la política cultural carismática. Se editaron con el favor y recursos del Estado, y posteriormente en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Estas circunstancias otorgan una plataforma de legitimidad y de estabilidad.

Por otro lado, el largo aliento de la cultura impresa, favorecida por la incidencia de una política cultural carismática, significaron un momento coyuntural. Son, pues, las fuerzas de procedencia que posibilitan al hecho histórico. Asimismo, como lo he sugerido, su declive ocurre con otra ruptura que, en este caso, se relaciona con la transformación de los medios de comunicación. Si la permanencia de las revistas fue posible gracias al largo predominio de la palabra sobre la imagen, su declive podría explicarse por la inversión de este dominio. Debray (2007) explica que después de la palabra,

reina la imagen. A este nuevo periodo le llama videosfera. Las formas de producción y transmisión de la cultura y del conocimiento han cambiado, primero, por las políticas educativas y culturales que obligan a la transformación de estas revistas orientadas a la investigación; además, por el reinado de la imagen y las nuevas tecnologías.

Reflexiones finales

Este ejercicio genealógico intentó identificar el comienzo de una élite cultural en la segunda mitad del siglo XX en Chiapas. Su consolidación, establecimos, se dio a través de una práctica editorial como estrategia de promoción de la cultura. Esta práctica consistió en la fundación de revistas culturales. De este modo se constituyó un ciclo de revistas culturales, a pesar de sus rupturas. El ciclo está integrado por las revistas *Amanecer* (1948), *Chiapas* (1949-52), *Ateneo* (1951-57) e *ICACH* (1959-88).

Observamos su procedencia: el desarrollo del periodismo cultural, sus orígenes en el periodismo de variedades hasta la aparición de las revistas culturales. También la política cultural carismática, esa que fija sus estrategias de intervención en las élites culturales, lo que posibilitó su larga continuidad.

Observamos su emergencia: la vida convulsa de las revistas culturales, producto de las fuerzas en tensión que le originan, es decir, de las prácticas editoriales y de las políticas culturales. Discontinuidades que explican su fugaz vida; continuidades que explican la longevidad de sus hacedores.

El final del ciclo dio paso a revistas posteriores que también se anidaron en las universidades e instituciones de educación superior, salvo la primera época del *Anuario de investigación y cultura*, publicado en el Instituto Chiapaneco de Cultura a partir de 1990. A partir de entonces, la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y la Universidad Autónoma de Chiapas publicaron revistas estrictamente científicas. La obra artística no siempre tuvo cabida, y en su lugar se privilegió el artículo y el ensayo científico, de crítica literaria y artística. Además, fenómeno más reciente, estas revistas, llamadas

ahora académicas, se han sujetado a las políticas de investigación del país. Pertenecen a índices internacionales, lo que acentúa su condición de científicidad y abre la puerta a otras formas de promoción de la cultura.

Es seguro que el presente de estas revistas será la procedencia de otro hecho histórico.

Bibliografía

- Agamben, G. (2019). *Creación y anarquía: la obra en la época de la religión capitalista*. Adriana Hidalgo editora.
- Assid, F. D. (2011). Jornalismo de variedades: cartografia de uma especialidade da imprensa. *Intercom. Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*, 1(34), 105-128.
- Blacha, L. E. (2005). ¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas. *Theomai*, (12).
- Bloch, M. (2000). *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*. Montessor.
- Castro, E. (2011). *Diccionario Foucault: temas, conceptos y autores*. Siglo XXI.
- Debray, R. (2007). El socialismo y la imprenta: un ciclo vital. *New Left Review*, (46), 5-26.
- Deusdad, B. (2003). El concepto de liderazgo político carismático: populismo e identidades. *Opción*, 19(41), 9-35.
- Domhoff, W. (1978). *¿Quién gobierna Estados Unidos?* Siglo XXI Editores.
- Domínguez, K. D. (2007). Rememorando el pasado. Literatura femenina en Chiapas durante el Porfiriato (1876-1910). *En Anuario CESMECA* 2007, pp. 109-140, UNICACH.
- Florescano, E. (2012). *Ensayos fundamentales*. Taurus.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Ediciones de La Piqueta.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. CONACULTA.
- González Roblero, V. (2013). Torre de babel. La política cultural en Chiapas de 1948 a 1952: acercamiento desde los informes de gobierno

- de Francisco J. Grajales Godoy. *En Anuario CESMECA* 2012, pp. 113-133. Unicach.
- Illades, C. (2004). Las revistas literarias y la recepción de las ideas en el siglo XIX. *Historias*, (57).
- Márquez Estrada, J. W. (2014). Michel Foucault y la Contra-Historia. *Revista Historia y Memoria*, (8), 211-243.
- Martínez Mendoza, S. (2004). *Índice hemerográfico de Chiapas, 1827-1946*. Guadalajara
- Martínez Mendoza, S. (2004). *La prensa maniatada. El periodismo en Chiapas de 1827 a 1958*. Gobierno del Estado de Chiapas y Fundación Manuel Buendía.
- Mills, W. (1987). *La élite del poder*. Fondo de Cultura Económica.
- Morales Bermúdez, J. (2019). *Un poeta olvidado de Tabasco. José Manuel Puig y Domínguez*. UNICACH.
- Mosca, G. (1984). *La clase política*. Fondo de Cultura Económica.
- Nandayapa, M. (2015). El ánimo de una generación y una época. *Revista ICACH, órgano de divulgación cultural del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas*, primera, segunda y tercera épocas. UNICACH.
- O'gorman, E. (2002). *México: el trauma de su historia*. CONACULTA.
- Pérez Montfort, R. (2015). *La cultura, 1808-2014*. El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1923). La sociología de Vilfredo Pareto. *Revista de Ciencias Económicas*, 11(II), 154-166. Recuperado de <https://archivo.cepal.org/pdfs/ObrasRPrebischFundacion/obrasRPtI031.pdf>
- Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. América: *Cahiers du CRICCAL*, 9-10, 9-16.
- Tarcus, H. (2021). El ciclo histórico de las revistas latinoamericanas. Trazos de una genealogía. *Nueva Sociedad*, (291), 192-207.
- Traverso, E. (2014). *¿Qué fue de los intelectuales?* Siglo XXI Editores.

Referencias hemerográficas

- Revista *Amanecer*. (1948). Edición Facsimilar de León de la Rosa Editores
- Revista *Ateneo* (1951-1957). Edición Facsimilar del Gobierno del Estado de Chiapas.

Revista *Chiapas*. *Revista gráfica mensual*. (1949-1952). Archivo Histórico de Chiapas.

Revista *ICACH*. *Órgano de divulgación cultural del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas*, (1959-1988). Archivo Histórico de Chiapas.